

1<sup>er</sup>  
LUGAR

GEOVANNY DE SOSA

LOS DUEÑOS DE  
LA CASA



CERTAMEN de LITERATURA : infantil y juvenil



EDITORIAL  
UCR

GEOVANNY DE SOSA

LOS **DUENOS** DE  
LA **CASA**

  
EDITORIAL  
UCR  
2017

CERTAMEN de LITERATURA : infantil y juvenil



863.5  
S715d

Sosa, Geovanny de  
Los dueños de la casa / Geovanny de Sosa.  
-1. ed.- C. R.: Edit. UCR, 2017.  
x, 288 p. : il. (Certamen de literatura infantil  
y juvenil)

ISBN 978-9968-46-632-5

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERA-  
TURA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/3114  
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.  
Primera edición: 2017.

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),  
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Marilyn Vásquez A.* • Revisión de pruebas: *Mariela Miranda R.* • Diseño: *Wendy Aguilar G.*  
Diagramación: *Augusto Muñoz S.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.* • Ilustración y diseño de portada: *Césaly Cortés O.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • [administracion.siedin@ucr.ac.cr](mailto:administracion.siedin@ucr.ac.cr) • [www.editorial.ucr.ac.cr](http://www.editorial.ucr.ac.cr)  
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: marzo, 2017.  
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

*Dedico esta novela a mi esposa y tres hijos.  
Porque la verdad, expresada desde la ficción,  
se asimila mejor.*

*Agradezco, primero a Dios,  
por dejarme realizar la pasión de escribir.*

*A mi esposa,  
que ha tenido la paciencia para tolerar  
el tiempo que le he quitado.*

*A mis hijos,  
que han sido mis primeros seguidores.*

## PRÓLOGO

*La noche está parca de luna. La oscuridad es casi total, a no ser por las luces del alumbrado público, aunque ellos no caminan a su amparo; caminan en las sombras, y son muchos, una horda, un cuerpo compacto arrastrándose como una víbora.*

*Unos van descalzos. Sus ropas coloridas no les preocupan. Cada individuo confía en la noche y en su poco tamaño, una confianza colectiva.*

*Siguen caminando, ocultos bajo las ramas de los árboles, detrás de un auto estacionado a la orilla de la calle, debajo de un poyo solitario del parque. Pero el tiempo apremia, tienen claros sus objetivos.*

*Se dirigen a una casa, llegan por el patio. El perro comienza a ladrar. Algunos lo sujetan del cuello, evaden sus colmillos, y lo asfixian. Luego entran por la cocina. La casa duerme, sus habitantes duermen. Los niños en su habitación. El más pequeño, de nueve meses, duerme desde las siete. Entran. Los demás acompañantes quedaron afuera, en el patio. Ellos levantan al niño, lo sacan al patio, lo acuestan en el césped húmedo y lo dejan a la saña de sus instintos agresivos.*

*Cuando todo acaba, dejan tirado el cuerpo sin más. Ahora se van.*

*Llegan sin agitación al parque. Esperan. El reloj de la torre parroquial da la una. Atisban. Deciden salir. Aún queda noche. El súper de la esquina, ese es bueno. Corren, ya la patrulla pasó en su ronda. La puerta no es obstáculo. Entran y hacen lo mismo que ya hicieron en las cocinas de varias casas, pero aquí hay más cosas con que divertirse. Y botan de algunos estantes todo lo que pueden... todo...*

PRIMERA  
PARTE









Mara veía hacia el atardecer. Sentada en una banca del parque de Velázquez, la joven terminaba agotada por pensar en muchas cosas.

Teniendo de fondo los cerros de ese valle, miraba cómo la orografía se tragaba al sol, un monstruo de tierra con hambre de luz. Bocado tras bocado, la luminosidad oponía la resistencia de la presa agónica luchando por vivir, mientras el depredador, crecido por el triunfo, no mostraba compasión. Así, en el vientre del comensal, Mara quiso darle más comida; sus propios pensamientos.

De aquella luz solo quedaban chispas delineando las curvas sugestivas de los cerros, cuando Mara decidió dejar para después sus antojos.

El parque de Velázquez es hermoso. Amplias aceras, árboles frutales y variedad de ornamentales embellecen con flores durante la estación seca, su kiosco central es una obra maestra de arquitectura híbrida entre el espíritu colonial español y el gótico más desafiante. Visto a la ligera da la impresión de ser un pequeño y obeso rascacielos, con fachada de catedral sin paredes, barandilla colorida y juguetona, y listo para la retreta al salir la misa.

Mara cerró un instante los ojos. Una brisa delicada le besó las mejillas. En medio de su temporal ceguera, escuchó los

pasos de la gente pasando al frente. Los identificó sin renunciar a su pequeño aislamiento. Una pareja de enamorados, intentando acumular más besos que metros recorridos. La madre apresurada arrastrando al niño de primer o segundo grado escolar. La mujer de edad avanzada con caminar lento pero firme. Tres trotando con zapatos deportivos muy costosos. El hombre de maletín y zapatillas de cuero. Los chiquillos con patines. Y los cinco muchachos expertos temerarios sobre patinetas. Gente y más gente, ¿cuándo me dejarán sola?, pensó Mara.

Vencida, abrió los ojos. Ya los cerros habían devorado el sol. La luz cercana era la del alumbrado público del parque; un espigado poste de metal, elaborado en tres segmentos de distinto grosor, pintados de un gris cada vez más pálido en cada uno, y coronado con una perfecta esfera blanca, esplendente como una perla gigante de museo.

Mara seguía pensando.

La noche ya no insinuaba, pero sí la tomó del brazo y la levantó de un tirón. Una muchacha de dieciséis años, con horario completo al día siguiente en el colegio, no podía desdeñar las horas de sueño que le comenzarían hasta cerca de la una de la madrugada. Así, luego de acomodarse el uniforme, salió del parque con pasos lentos, desganados, a pesar de tener pendiente una redacción de tema libre y la resolución de un cúmulo de ecuaciones.

Su casa no distaba mucho, solo tres cuadras. Esa distancia le dio licencia para caminar aún más despacio. Se recreaba con lo propio de una hora cuantiosa en calles atestadas de carros, transeúntes cruzando en zonas no autorizadas, personas con caras cansadas unas y listas otras para la acción nocturna. Claro, ella tendría también acción nocturna, de otra índole, mas nocturna al fin y al cabo. Y se colocó ese pensamiento en las orejas como si fuesen audífonos para tener algo que la estimulara, algo diferente a los pensamientos del parque de

hacía un rato, aunque tal distracción no fue necesaria. Tuvo bastante con los piropos vaciados desde los carros pasando a su costado, pues Mara era una adolescente muy bella; alta, de piel acanelada, cabello ondulado castaño claro y largo hasta los omoplatos, seducía sin querer con sus ojos almendrados de un verde pálido y brillante y con las curvas de sus caderas, gloria extrema de la más pura distinción de la mujer latina.

Ya las palabras de los hombres le taponeaban los oídos, estaba más que satisfecha. Distraída, siguió caminando, como quien no requiere de ser consciente de acciones de menor importancia. Cuando se percató, había llegado a su casa.

Mara levantó la cabeza, tratando de ver alguna luz encendida en la segunda planta. Ninguna. Sacó las llaves y abrió sin prisa el portón de la entrada. Pasó. Cerró de nuevo. Enseguida abrió la puerta. Encendió la luz de la sala y subió a esa segunda planta donde se hallaba su habitación.

Ya dentro, se desvistió y se dio una ducha. El agua caliente la reenergizó.

Al salir, quiso saber la hora. Las siete y treinta. Su madre aún no llegaba del negocio. Quizá un cliente la había detenido. Las ventas de muebles no estaban en su punto más alto, no se podía ser estricto con el horario.

Ya vestida con un *boxer* de hombre y una blusa de tirantes —a manera de pijama—, Mara se sentó en la cama, terminó de secarse el pelo con un segundo paño —este bien seco— y, tomando su celular de la mesita de noche, llamó a Leonora. No fue necesario un tercer timbrado.

—¿Sí, amor? Ya estoy cerrando. Una buena venta.

—¿Algún turista?

—Sí, un alemán. Se volvió loco con la cama de cenízaro, aquella inmensa que me trajo Gonzalo, ¿la recordás?

—¡Cómo no! Si le costó al mismo Gonzalo acomodarla en la sala de exhibición. Yo pensé que jamás la ibas a vender.

Debió crujir con fuerza el estómago de Mara. Leonora cortó los vítores de esa venta prometiendo pasar a comprar comida china para cenar.

Mara dejó de nuevo el teléfono sobre la mesita de noche, una que su papá había hecho para su cumpleaños número nueve. Colocó el aparato con suavidad, no tanto para cuidarlo, sino para no provocar ni un insignificante rayón en la superficie del mueble. Mara se juró a sí misma venerar esa mesita como el recuerdo más amado de su papá. Este, apenas tres años atrás, había sucumbido ante un cáncer gástrico inmisericorde pero rápido. Mara acarició la mesita y no pudo dejar de sentir melancolía. Orlando, su padre, uno de los mejores fabricantes de todo Velázquez, fue el fundador de la más grande sala de exhibición y venta de muebles en la zona, capaz de dedicar medio día al taller y el otro medio día estar en la sala atendiendo clientes junto a su esposa. Para Mara seguía siendo un hombre excepcional. Y con la nostalgia asomándole las orejas, quiso salir también una lágrima, pero la joven no lo permitió. Se levantó con decisión de la cama, terminó de secarse el cabello y alistó sus cuadernos para enfrentar las dos tareas pendientes. Cuando acomodó todo sobre su escritorio, volvió a retomar los pensamientos que dejó en la banca del parque.

Mara se sentó, encendió su *laptop* y abrió una hoja de texto. Comenzaría por la redacción. Se quedó mirando la pantalla de la portátil con expresión de duda. No había escogido un tema aún. Frunció el ceño, hizo una trompa apuñando sus labios —una mueca muy suya cuando estaba a punto de definir algo—, e intentó teclear un posible título. Solo escribió una solitaria letra. No se contuvo de hacer otra llamada. Esta vez sería a Maddelyn, una joven de su misma edad, compañera de su grupo de décimo año, y su amiga.

A Maddelyn la conoció al inicio de ese curso lectivo. Sin más excusa que por gustos personales, le dijo, había estudiado

hasta noveno en el colegio de Naranjo, una de las ciudades vecinas. Y con idéntica explicación a la anterior, justificaba su traslado al de Velázquez.

Mara y Maddelyn sintieron ese voltaje que uniría a un par de electroimanes. Nomás verse y cruzar unas palabras, creyeron conocerse de toda una vida. Ya no se separarían ni en la hora del almuerzo.

Después de un rato de duda, Mara marcó el número de su amiga, junto al lado de la foto que le colocó para identificarla. Timbró un rato y no hubo respuesta. Volvió a intentarlo y nada. Mientras estiraba el brazo para dejar el teléfono sobre el escritorio, recibió la llamada de Maddelyn (aunque era un número privado, no tuvo la más mínima duda, y así lo demostró al contestar).

—¿Diay, por qué no contestabas? —fue su saludo.

—Porque estaba en el WC, muchacha. Vos sabés, no meto el celular al servicio, me parece que alguien me podría ver. —Fue su respuesta entre risas.

—¡Huy, cuidado se van a comer al chocolate bípedo mientras está sentada en el trono de azúcar! —y ambas se desternillaron en carcajadas por casi un minuto.

Mientras Mara se limpiaba las lágrimas, Maddelyn preguntó aún con espasmos de risa:

—Ok, ¿para qué soy buena, además de servir de payaso gratis?

—Nada, solo quería saludarte y hacerte una pregunta —contestó Mara ya algo seria, una seriedad que dio fin al sobro de momento cómico de Maddelyn, quien contestó:

—¿Todavía estás preocupada? No me hagás caso, son tonteras mías, soy medio loca.

Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales, Mara percibió un embarrado delgado de mentira blanca en la respuesta. No le agradó. Se habían prometido sinceridad, y eso la envalentonó para replicar con voz altiva:

—¡Nada, nada! Una no habla de esas cosas solo porque se le ocurre. Dejate de varas raras y sé honesta, medio loca.

Sobrevino otro silencio, incómodo para las dos. Y a pesar de ello, Mara tenía la intención de meter el cuchillo más hondo, pero Maddelyn no la dejó.

—¿Qué te parece si hablamos de eso mañana? Ahora estoy a punto de terminar la redacción y me falta un buen final para este cuento. Luego te lo leo, ¿sí? —dijo Maddelyn en tono suplicante.

Mara tiró el cuchillo al suelo. Tampoco era su estilo ser incisiva si ello implicaba violentar la libertad del otro, y más si ese otro era su mejor amiga. Ya tendría tiempo para sondear en ese lago achocolatado.

Luego de trivialidades y de pedirle opinión a Maddelyn acerca de algunos temas para su redacción, Mara terminó la llamada, al tiempo que su mamá abrió la puerta y subía el aroma exquisito de la comida china.

Esta es una muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo  
en la [Librería UCR](#).

LIBRERÍA  
  
UCR